

COMENTARIO AL LIBRO DE ELISA CALERO

Acostumbro, en mis intervenciones públicas no ceder a la tentación de utilizar lugares comunes ni frases repetidas pero, en esta ocasión, tengo un encargo muy especial de la distinguida dama y profesional bolivarensa ELISA CALERO CARVAJAL de comentar el libro “LA TALLA EN MADERA, POR LAS HUELLAS DE JOSÉ MIGUEL PAREDES” y puedo asegurar que me sentí honrado con la petición. Satisfecho de haber aceptado me puse, de inmediato, a leer la obra y preparar el comentario para este acto de solemne presentación de la misma.

Es un deleite tener entre manos un libro nuevo, un nuevo hijo de la cultura, de la historia, del esfuerzo creador. El deleite aumenta cuando se percibe olor de tinta fresca, se mira un papel brillante y blanco, que consintió en su limpia faz el implante de fotos en blanco y negro, en sepia y de todos los colores junto a letras enlazadas en palabras y oraciones trabajadas en horas de evocación y filial dulzura. Un libro decía Hemingway es el producto de 90% de transpiración y 10% de inspiración.

Un libro no se hace en pocos días. Un instante, del cual solo se tiene, la sensación feliz de su existencia, titila una idea, se la acaricia, se la arrulla en secreto, se siente su persistencia, se claudica ante ella al borrar las primeras frases y comenzar así una gestación intelectual sin final previsto, larga o muy larga; para cuidarla toca desvelarse, con miedos y esperanzas darle forma, pulir el estilo, establecer alianzas con el insomnio para las indispensables y numerosas revisiones que se requieren antes de su nacimiento.

El deleite continúa al examinar la portada a todo color y reconocer sin dificultad alguna los mensajes que transmite. Unas manos con venas ingurgitadas, llenas de vida, vigorosas sostienen la gubia en plena labor creadora de un bajorrelieve. La noble madera deja ver unos canales incipientes en el inicio de una creación. En un marco tallado con maestría luce una foto de José Miguel Calero para recordarnos que *“la muerte no llega con la vejez sino con el olvido”* y que el olvido no ha podido ni podrá borrar el recuerdo de este artista bolivarensa.

Para ratificar lo dicho, Elisa, nos introduce en la lectura de su obra, con una hermosa reflexión del poeta y dramaturgo alemán del siglo XVIII Johann Wolfgang Goethe:

“Dichoso aquel que recuerda con agrado a sus antepasados, que gustosamente habla de sus acciones y de su grandeza, y que serenamente se alegra viéndose al final de tan hermosa fila”

Escrita en primera persona con la lucidez y profundidad de lo sencillo, sin requiebros inútiles, con epítetos en la posición justa, en número preciso y ajustados a la verdadera dimensión del biografiado. Los verbos, alma y esencia de los escritos, se utilizan con propiedad y con el sentido cabal en todas las oraciones. En suma, un estilo pulcro digno de ser destacado.

Conmueve el relato de una madre invidente y un hijo que responde, ante lo inescrutable, con la grandeza de un amor filial sin limitación alguna, sin quebrarse ni debilitarse, más bien, se agiganta y vence a todas las dificultades y limitaciones propias de la pobreza material que impulsa actos heroicos para sobrevivir e impulsar el emprendimiento honesto y salvador. El trabajo y las acciones del joven José Miguel, poco a poco lo llevaron a descubrir una vocación innegable: trabajar con la madera y darle formas artesanales muy útiles y artísticas muy inspiradas y originales.

Elisa al referirse al problema de su abuelita, a diferencia de la “ceguera blanca” descrita en el famoso ensayo de Saramago, escribe sobre la “ceguera de las tinieblas” e invoca versículos del evangelio de Juan para encontrar una explicación a la frase que pronunciaba doña Mariana Paredes para sobrellevar con resignación su discapacidad: “Dios lo quiso, mi señor me escogió” Y vaya que la encontró en el capítulo 9, versículos 1-3 “Maestro ¿quién pecó para que este naciera ciego; él o sus padres? Ni él pecó ni sus padres. Nació así para que en él se manifestaran las obras de Dios” Esta atinada reflexión me permite recordar al Dios de Spinoza, Baruch de Spinoza, racionalista holandés del siglo XVII, que transmitió al mundo un mensaje que aseguraba lo siguiente: “Deja de pedirme perdón, no hay nada que perdonar. Si yo te hice...yo te llené de pasiones, de limitaciones, de placeres, de sentimientos, de necesidades de incoherencias,, de libre albedrío ¿Cómo puedo culparte si respondes a algo que yo puse en ti? ¿Cómo puedo castigarte por ser como eres, si yo soy el que te hice? ¿Crees que podría yo crear un lugar para quemar a todos mis hijos que se porten mal, por el resto de la eternidad? Lo único que te pido es que pongas atención en tu vida, que tu estado de alerta sea tu guía. Deja de creer en mí; creer es suponer, adivinar, imaginar. Yo no

quiero que creas en mí, quiero que me sientas. Quiero que me sientas en ti cuando besas a tu amada. Si no puedes leerme en un amanecer, en un paisaje, en las miradas de tus amigos, en los ojos de tu hijito... ¡No me encontrarás en ningún libro! Doña Mariana tuvo y sintió a Dios dentro de sí, amó y recibió un hijo que fue su honra, su orgullo, su sempiterno amor.

Libro biográfico como es, tiene como personaje central a José Miguel, su vida y su obra. El relato de ciertas anécdotas me retrotrajo a mi infancia que transcurrió en barrios populares de la capital: La Loma y La Tola. En el Quito de entonces, en los veranos de entonces, con los vientos de entonces debía tener mis propias cometas para correr ilusionado por sus calles, por los campos aledaños que eran muchos, para elevarlas y soltar o cortar el hilo cuando estaban muy en lo alto para dejarlas con alegría y nostalgia en goce de su libertad que yo la creía, en esos años, de color azul turquino e indetenible, si se movía en el marco del profundo respeto al derecho ajeno.

La adolescencia de José Miguel tuvo obligaciones prematuras y vivió anticipadamente lo que Medardo Ángel Silva escribió al cumplir 20 años:

*“La amargura sin nombre
de dejar de ser niño y empezar a ser hombre,
de razonar con Lógica y proceder según
los Sanchos profesores del sentido común”*

La falta de dinero para comprar los pantalones necesarios para el ritual propio de esa época, de entregar a los mozos pantalones largos como símbolo de abandono de la niñez, lo llevó a dejar Guaranda, su patria chica, para trabajar, como hombre duro, en el ingenio San Carlos jornadas laborales agotadoras con salarios miserables. La experiencia debió marcar su espíritu y así con huellas indelebles del sacrificio y lo aprendido en condiciones adversas retornó al terruño para abrazar de lleno la carpintería como oficio primero y como arte después. Aprendió de maestros bolivarenses distinguidos. Hombre de coraje, emprendedor lúcido supo que el mejor camino para el crecimiento y desarrollo personales debía estar marcado por la autonomía y la independencia, así decidió, tomar la oportunidad de poner a prueba su talento en su propio santuario de labores y con la

madera en sus manos hizo inspirados trabajos artesanales primero y artísticas obras después.

Destaco, por ser parte de la historia de la transportación nacional, la construcción de las carrocerías de madera para los buses que circulaban por los polvorientos, sinuosos e inseguros caminos de la patria. Lo resalto porque la tarea exigía gran conocimiento de la carpintería a gran escala y demandaba una responsabilidad enorme para dotar de confort y seguridad a los ecuatorianos que les tocaba utilizar los históricos buses de las distintas compañías ofertantes del servicio citadino o interprovincial. Este recuerdo estremece y conmueve a Elisa. Conmoverá, estoy seguro, a quienes, como yo, recuerdan esta etapa de la vida nacional.

Perfeccionó la ebanistería, amaba la madera hasta el extremo de no herirla con clavos o tornillos, su delicado trato a la amada hizo que sus técnicas de ensamblaje de las piezas de sus obras no requirieran de las puntiagudas piezas.

“Cierro mis ojos, dice Elisa para revivir recuerdos de las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo XX. Tengo emociones y sentimientos de su presencia, momentos sagrados vividos junto a él, ya sea jugueteando a su lado o sentada a sus pies, cuando lo ayudábamos a pulir con lija las maderas embellecidas por sus manos. El aprovechaba esos momentos para contarnos os avatares de su vida, darnos consejos llenos de sabiduría que guiarían nuestras vidas. En sus palabras no solo encontramos amor sino experiencia, protección y anhelo de ser buenos”

¡Cuánta ternura en la evocación! ¡Cuánta delicadeza en el recuerdo!

Cómo no mencionar el Ecuador de la primera mitad del siglo XX. Su desarrollo despegaba con dificultades. El fluido eléctrico era incipiente, ineficaz. Trabajar en casas de barro y teja, como la que muestra una foto del libro, era habitual. Utilizar velas para trabajar en la penumbra era corriente. El esfuerzo que hacían artesanos, artistas, escritores y demás ciudadanos era enorme, literalmente se quemaban las pestañas en sus jornadas creativas en las frías noches y misteriosos amaneceres altoandinos. José Miguel no se libró de estas realidades. El ahínco lo distinguió y premió con una nítida presencia en el devenir de los años.

El capítulo “Tallado artístico en madera” abunda en reflexiones que diseccionan las habilidades y talentos del artista. Aquí se asegura que el artista nace y se hace junto a una mixtura propia, única e irrepetible de imaginación, fantasía, inspiración e inclinación innata. Poco a poco se describe la técnica utilizada por José Miguel para entregar sus obras que, según el análisis de la doctora Calero, son el resultado de un sincretismo de las artes figurativa y conceptual. No faltan los toques, las improntas personales que despiertan, entre los observadores de su obra, emociones, sentimientos, recuerdos que los conducen de manera casi obligada, a meditar sobre el entorno familiar, mestizo, bucólico y colmado de paisajes como los bolivarenses, distintos a los de otras regiones del Ecuador.

De la obra del fino escultor en madera, el libro muestra lo más representativo mediante fotos a todo color, muy bien logradas, porque dejan ver con claridad los nobles trazos de las distintas maderas utilizadas: cedro, nogal, platuquero. Se presenta una especie de catálogo en el que cada foto de las obras escogidas va acompañada de un comentario explicativo de su título o nombre, su ubicación, el material utilizado y el significado que para Elisa tienen las distintas manifestaciones del artista en el plano religioso, en el paisajístico, en el familiar, en el ornamental y en el iconográfico. Resalta en unos casos la magnificencia de los detalles impregnados en retratos como el de Juan XXIII, el Papa Bueno, o el de doña Mariana Paredes, un bajorrelieve de conmovedora realidad, de una mujer hermosa, cubierta hasta el cuello con un pañolón y un rostro surcado por los años que de manera inequívoca permite reconocer a una persona invidente. La fidelidad de los rasgos transparenta la sinceridad de la talla y el genuino deseo del artista de legar a su familia y a la posteridad el rostro de un ser amado con ternura e intensidad.

El medallón de Juan XXIII me ha emocionado porque yo era un adolescente cuando Ángelo Giuseppe Roncalli asumió la representación de Dios en la tierra y no terminaba de salir de ella cuando falleció luego de cumplir una labor ejemplar al frente de la Iglesia Católica a la que inyectó aire fresco para su renovación. El respetable y fidedigno rostro del Papa tiene una amplia sonrisa, su cabeza lleva el solideo, de sus hombros cuelga una estola decorada con maestría, la muceta o capa corta que llega hasta los codos deja ver parte de los botones y unos bordes de talla bien lograda. La

bendición que imparte a la manera de San Pedro llega al espectador como un regalo de su santidad.

El cuadro que lleva el nombre de “Raíz cultural de mi tierra” recoge elementos sustantivos de la cultura indígena: la casa con techo de paja, una mujer de larga trenza, oficiando de hilandera, un hombre con el rondador en sus labios, ambos vestidos a su propia usanza en un paisaje de collados y colinas atravesadas por un río del cual sale un compañero inseparable de los nativos: el perro fiel. Unos cuantos utensilios de barro y un marco soberbio completan la obra a la que solo falta poner, si se pudiera, la música de un yaraví, ritmo propio de las alturas y que yo catalogo como un largo suspiro extraído del nebuloso entresijo de los Andes, para darle a la obra el sabor incomparable de la tierra bolivareense.

Hombre de raigambre católica produjo una rica iconografía religiosa compuesta por imágenes de ángeles, lápidas como la esculpida para la tumba de su madre en 1955, los siete dolores de María de Nazaret en el marco de la Virgen Dolorosa del Colegio venerada por millones de ecuatorianos. Aquí se encuentran imágenes representativas de la vida de Jesús como el camino del calvario y la clásica imagen llamada La Piedad desde que Miguel Ángel esculpiere en mármol de carrara el cuerpo inerte de Jesús en manos de su madre angustiada y adolorida. Hay millones de reproducciones regadas en todo el mundo y formando parte de las muestras de miles de museos importantes o no. En este marco tallado por José Miguel, bajo el nombre de Quinto Dolor de la Virgen se replica con maestría, una vez más esta escena en honor de quien anunció la grandeza del amor y cambió la praxis del mundo, al Jesús que fue escarnecido, fueteadado, flagelado y crucificado llevando una corona de espinas puntiagudas en los poros sangrantes de la testa y que murió flanqueado de ladrones y a los pies del padre. La iglesia de las madres Marianitas de esta ciudad guarda algunas obras. Destaca el púlpito con las figuras talladas de los evangelistas: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Cada uno representado de una manera inconfundible.

No podía faltar en un texto biográfico una reseña de los aportes hechos a la cultura, a la sociedad y a la política. Fue miembro activo de la Sociedad Artística de Bolívar, premiado en algunos certámenes artísticos en los que participó; como miembro del partido conservador fue elegido concejal del Municipio de Guaranda en 2 ocasiones, vocal del Tribunal Electoral de la Provincia, Tesorero

Municipal y candidato a diputado. Elisa Calero escribe en una de las páginas de su obra que:

“Todo lo descrito se ha revelado desde muy dentro de mí, porque la influencia de mi padre sobre mi vida ha sido vital. Con su constante trabajo de amor y protección desarrolló un vínculo emocional grande y afectivo que permitió construir entre nosotros una verdadera amistad, respeto y confianza para mantener conversaciones, proyectos, comentarios y críticas sobre asuntos de trabajo. Más de una vez creí poder ayudarlo”

Hay esmero y cuidado para exponer detalles. Se puede mirar el facsímil de un discurso escrito a mano alzada, a propósito del día del trabajo. Su caligrafía, como sus esculturas es muy nítida, con leve inclinación a la derecha, da cuenta de una posición profundamente humana ante el maltrato y la explotación que recaían en obreros y trabajadores mal remunerados y sumidos como de modo textual escribió José Miguel: *“en la pobreza su compañera eterna que solo arranca la risa sarcástica del rico”* La sensibilidad del hombre, del padre, del trabajador, del artista se pone de manifiesto en una pieza oratoria matizada por la solidaridad que no tiene ideología ni compasión sino una fuerte dosis de rebeldía y razón.

De la reproducción facsimilar de unas cuantas epístolas de destaca una fechada el 10 de enero de 1966, dirigida a su hija Elisa para felicitarla porque fue elegida para continuar sus estudios de posgrado en cardiología en Brasil. Sin dejar de manifestar su pena y preocupación por la inminente separación le anima a seguir por la senda trazada para alcanzar los mejores conocimientos que los pondrá sin duda a disposición del prójimo. No se equivocó don José. Sus consejos y sus palabras premonitorias se convertirían en realidad, pues Elisa Calero, llegó a ocupar un sitio destacado dentro de la medicina ecuatoriana por su sapiencia y don de gentes, por su generosidad y entrega en favor de los afiliados al seguro social y de todos los ecuatorianos que buscaron su delicada y eficiente atención. Millares de vidas salvadas, de dolores mitigados, de pacientes agradecidos adornan su ejemplar hoja de vida. Este libro bien escrito, impreso con pulcritud y dictado por su lúcida inteligencia y su corazón la pone en el comienzo de una trayectoria, que se vislumbra exitosa, como escritora de temas trascendentes para quienes apreciamos la sinceridad para contar historias y la sencillez al escribir los hechos.

No existe obra humana perfecta. Este libro está atravesado, de principio a fin por tres heridas, que lejos de opacarlo lo engrandecen porque como aseguraba Miguel Hernández, poeta de altísimo vuelo, con tres heridas venimos: la de la vida, la del amor y la de la muerte; con tres heridas caminamos: la del amor, la de la vida y la de la muerte con tres heridas partiremos la de la muerte, la del amor y la de la vida. Cada una de las heridas tiene su trato singular a lo largo del texto.

El amor brilla en cada página, la vida nace y renace en cada pasaje y recuerdo de la familia Calero y la muerte se hizo presente cuando José Miguel apenas frisaba los 57 años.

*Atesoro, como tantos,
voceríos y canciones ancestrales,
poesía sentimental y vertiente de pura poesía,
andezas, pasiones en hogueras y tizones
humeantes todavía... centelleantes!
que afrontan amagues destructivos del olvido.*

El olvido sin embargo tiene memoria y gracias a esa cualidad estamos aquí y ahora viviendo emocionados recuerdos.

Recomiendo, para finalizar, buscar un lugar tranquilo en vuestros hogares y acompañados de una humeante taza de café con unas gotitas de pájaro azul, sentarse para leer de un tirón “La talla en madera: por las huellas de José Miguel Calero Paredes”

Señoras y señores